

EL HUERTO DE EPICTETO

Flor de cactus, espléndida al alba, á la tarde marchita; polvo impalpable, áureo y luminoso en el rayo de sol, invisible y deshecho al crepúsculo; nube teñida de ópalos y turquesas, disuelta y apagada en la obscura inmensidad de la noche: á todo eso ha podido ser comparada la *Crónica*. Escrita para reflejar pensamientos y sensaciones de un día, en ese mismo día debe morir. Pero lo que tiene su existencia de efímera, lo tiene de intensa; en ella fulgen todas las vivas irisaciones del moderno pensar; laten en ella todas las palpitaciones de la conciencia colectiva y, deslumbrados por el rastro que deja, cuando la forma la mano del genio, nos preguntamos atónitos y admirados si aquel surco de luz que se enciende, cruza el espacio y va á caer en el infinito del tiempo, es un poco de gas que se descompone ó un mundo que pasa.

¡Escribir para un día! Pero ¿quién puede li-sonjearse de esculpir en el mármol pentélico de los siglos que, al cabo, no son sino días fugaces en la eternidad sideral? Llegado el crepúsculo,

tanto importa haber vivido el glorioso día de Homero como la hora fugaz de Empédocles. Haber vivido bien, eso es lo que importa, para que, cuando pongamos la planta en el temeroso umbral de las sombras, podamos con orgullo decir: *Nec me vixisse penitet*. No me pesa de haber vivido.

Mas ¡cuán erróneo el juicio de los hombres al medir la importancia y vitalidad de las propias obras! Tal que juzga hablar para que una posteridad suspensa escuche, graba ya sobre pétalos marchitos las divagaciones de sus infolios. Tal otro que dicta á su modestia las humildes palabras, que él juzga balbuceos, despierta en las inteligencias vibraciones y ritmos, embriones de sentimientos y gérmenes de ideas que han de repercutir los acantilados de las centurias. Para ello, tan sólo una condición es precisa: llevar dentro el Parnaso, es decir, una sanción ética, la de la propia conciencia, dentro de la cual, como decía Milton, cada cual lleva oculto su cielo y su infierno.

Un escritor insigne, haciendo constar como en el periodismo, á semejanza de la clásica Psiquis, el pensamiento nuevo mariposea, nos enseña la triste verdad de que todo necesitamos hacerlo *al vuelo*, como la niña de la dolora. Pero ese vuelo puede ser el torpe y tardo de la palmípeda ó el poderoso y firme del águila; el raudo y seguro de la gaviota ó el atolondrado y gentil del jilguero. Cabe arrastrarse sobre la tierra ó elevarse sobre la majestad de las cumbres; pasar rozando con las alas las líquidas superficies tranquilas ó alzarse, reflejando la luz del amanecer, los primeros rayos del sol como un nimbo, sobre la augusta soledad de los mares.

Así las cuartillas escritas para un día, pueden

serlo todo: ñaques bizarros en que todo se mezcla sin afinidad y se resuelve sin justo destino, ó sibil oloroso de que saca siempre el espíritu selecto sus reservas aromatizadas y sus frutos fragantes. Sus párrafos pueden ser sonoridades pulcras; pero si es el poeta ó el pensador quien habla, son siempre escondidas grandezas. Césares que se envuelven en la rasgada túnica de Crisipo; centenes que parecen tarines, perlas que semejan burbujas, pétalos desgajados que se nos antojan vedijas, hasta que, al pasar, nos perfuman y, en rápida visión, que nos causa el espasmo de lo sublime, nos dejan adivinar sus frescas ternuras impalpables.

*
* *

Vosotros, hombres negros, que nos habláis en nombre de Dios, ¿cómo no veis la desesperación, la miseria, la barbarie, la horrible amenaza?

La caridad—decís—atiende á los pobres; en las puertas de las iglesias, en los conventos, se socorre al necesitado. Se le entrega, cuando hay para todos, un pedazo de pan ó una moneda de cobre. Á cambio de esta merced, que convierte á los pueblos en verdaderas cortes de los milagros, que rebaja la estimación propia, que exige la sumisión y la hipocresía, que no resuelve problema alguno, las Congregaciones viven, reúnen capitales enormes, ayudan á los gobiernos ineptos, se oponen á toda reforma social y perpetúan la miseria, la explotación y la injusticia.

No. Los pobres no quieren ya caridades á lo don Juan de Robres. Necesitan justicia seca. Quieren que nadie viva á su costa, que nadie coma sin producir, que no haya quien acapare

riquezas para entregar después á los despojados la milésima parte de lo que les corresponde en derecho. Establecer poderosas industrias sin pagar tributo, mientras las aldeanas son sacrificadas en los fielatos; encarecer el pan de los niños; sancionar la explotación del obrero; apoderarse de la tierra y luego arrojar á los menesterosos un mendrugo para acallar su desesperación durante dos horas, eso ni es humano, ni pío, ni cristiano siquiera. Sépase de una vez: mientras un solo niño, mientras una sola mujer, mientras un solo octogenario carezca de abrigo y sustento (y hay millones que de ello carecen), ni se puede cantar el himno de la actual organización, ni de la caridad, que no evita el mal hace doscientas décadas, ni hay hombre que tenga derecho á vestir el traje que lleva, llámese toga ó púrpura, blusa ó levita, uniforme ó sotana.

Se dice que la mujer está redimida. Quienes tal aseguran pasan revestidos de hermosos paños, con el vientre satisfecho y orondo, al lado de las segadoras descalzas, de las cargadoras aplastadas bajo sus cestos, de las ancianas uncidas á la sirga, de las obreras sometidas á la explotación. En ninguna parte como aquí se la emplea en trabajos tan rudos, se la contempla cubierta de harapos, uncida á la yunta con el asno, sepultada bajo la escoria, soterrada en las minas, cargada con moles aplastantes, esclava de la brutalidad del padre y del marido, privada de todo medio honroso de subsistencia, mientras sus redentores saborean con todos los respetos todas las opulencias. ¿Que eso es inevitable? ¿Cómo ha de serlo? Todo es admisible, toda solución es buena: transformación del impuesto; socialización del terruño; gravamen de riqueza; desembolso á prorrata,

hasta el mismo reparto, antes de que persista el espectáculo odioso de tantas mujeres semidesnudas y hambrientas al lado de tantos hombres robustos y fuertes, groseros como los cerdos de Epicuro, hablando de moralidad y justicia. Mientras las mujeres no dispongan de manjares abundantes y sanos, ningún hombre, por alto que sea, tiene derecho á comer pan.

No. No está redimida la mujer. El Estado le niega capacidad y ciudadanía. Todas las profesiones le están vedadas; en el taller su salario se tasa con menosprecio; la Iglesia le niega el derecho de desempeñar cargos y funciones, no privadas ni á Galeote ni á Merino. Hija, está sometida al padre; esposa, al marido; madre, á la inspección de tutores ó jueces. Su talento, superior al del hombre, es negado rotundamente; su virtud, puesta entre dicho. En la historia que se la enseña, la primera mujer pierde al mundo, y si otra le salva, es abdicando su más alta condición de mujer, la maternidad por amor. Todos los santos Padres huyen de la mujer; su contacto infama. El estado perfecto supone el celibato. En la sociedad, la mujer carece de voto; en el hogar, de representación; en todas partes, de medios de defensa. Se la ensalza, se le dicen muy bellas cosas; pero se la deja perecer de hambre como á un perro. ¿Es esto la mujer redimida? Será del pecado; para redimirse de la esclavitud, aun necesita mucho. Lo primero, sacudirse la frente en que se oxida la herrumbre de los siglos; despojarla de nieblas, abrir el entendimiento á la luz y ver cómo, después de muchos siglos de caridad, de paciencia, de sumisión obscura, ha sido necesario el progreso para que tenga sobre sus hijos la patria potestad, para que se la considere ser humano y para que se piense

en evitar que tenga que ir á la puerta de los asilos, con un hijo cretino al hombro y otro á ras-tras, á disputarse un mendrugo de pan arrojado por un arreglador de vidas y mundos, como los sabuesos disputan un troncho de col.

Caridad... No les hace falta ni á los niños ni á las mujeres. Necesitan justicia. No tienen por qué pedir un alimento que, á falta de mejor solución, venimos obligados á procurarles, proporcionalmente, entre todos. ¿Qué será, se nos dice, de los miserables sin la caridad? Si se cierran los seminarios, abriremos las panaderías, y pagaremos luego entre todos, porque á la dignidad de todos interesa que no mueran á centenares nuestros hijos, que no se envilezcan nuestras mujeres, ya que, no aspirando al estado perfecto, hemos abierto nuestro pecho al amor y nuestros brazos á la paternidad.

Veinte siglos lleváis de dominar á los hombres, de regir las conciencias, de disponer de la suerte del mundo, y al cabo de ese tiempo, las mujeres trabajan como animales y los ancianos, los enfermos, los niños, los miserables, mueren en el arroyo. Dejad de oponeros á todo adelante, no persistáis en ser para la justicia una rémora; reservaos el mundo moral, que acaso se os escapa. Y dejad los problemas del Estado á los hombres que prefieren á la caridad la justicia, al sentimiento la razón, á la paralización el progreso. Cuando las mujeres se mueren de hambre, lo mejor que pueden hacer los hombres es defenderlas con tesón ó sellarse los labios.

*
* *

Se dice que sólo fué místico el arte ojival. Fué algo más; fué revolucionario. El artífice entonces, más que obrero, era pensador. Ni un solo adorno, ni un solo detalle dejaba de responder, con el ansia de renacimiento, á la última conclusión matemática. El mismo botarel era contrapeso; era base de firme sostén la gárgola misma. Allí estaba la ojiva, no como exigencia de delectación y éxtasis, sino obligada por el dato algebraico. Fué Frollo adivino al decir contemplando el libro y la catedral: *Esto matará á aquello*. Pero, antes que libro, la razón se llamaba piedra. En los contrafuertes, en las impostas, en los nervios que se desparra-man para hacer innecesarios los lóbregos muros, pudo siempre escribirse: *Esto, por sí mismo, agoniza y muere*.

*
* *

La mayor felicidad de los soberanos es su optimismo. Jamás ven sino una nación ideal, alegre, regocijada, próspera, feliz. Cuando permanecen en la espléndida corte sólo pasan por anchas vías; sólo visitan monumentos y teatros magníficos; siempre se les aparta de los suburbios, de los escenarios de tristeza y desolación, de los sitios en que la miseria se extiende y la protesta se exterioriza.

Y si viajan... Entonces las poblaciones se visten para recibirles. De igual manera que Potenkine supo presentar á Catalina II una Rusia de cartón con hermosos jardines, palacios y granjas, con sus habitantes risueños, para ocultar á sus ojos las estepas heladas en que el mujik arrastraba sus harapos de siervo, así los acompañantes del monarca saben disponerlo todo de tal manera, que las ciudades, las aldeas, las fábricas, los puertos, apa-

rezcan opulentos aun siendo miserables, activos cuando son más ociosos y alegres cuando todo lleva en ellos impreso el sello imborrable de la desolación y de la tristeza.

Después, cuando se aleja el soberano, las calles recobran su aspecto de aduar; vuelven á presentarse las tropas de mendigos. Las fábricas apagan su vibrante y sonoro martilleo. La plata y el mármol desaparecen y todo vuelve á quedar, hasta los semblantes, en esa tristeza y desabrimiento que son su verdadera faz de todos los días.

* * *

Es hermoso ser joven: pero también es hermoso doblar la cumbre de la vida adquiriendo la razón que nos hace más sabios, la austeridad que nos hace mejores.

Lamartine amaba á la juventud... que no duraba siempre. Los antiguos, queriendo simbolizar la belleza, no pintaron á un niño, sino á Marte, á los treinta años: al representar el vigor esculpieron á Hércules á los cuarenta: la razón fué encarada en Homero con la belleza de la senectud.

Recordad vuestra hermosa juventud y esperad la luminosa vejez. Abrazad á los rosados niños y descubridlos ante los encanecidos padres. La juventud eterna sería una promesa incumplida; perdamos el cendal de la inocencia para adquirir la púrpura de la racionalidad.

Después de la vejez está la muerte.

Pero la muerte es siempre bella cuando es digna. Oigamos á Epicteto: no morir para el hombre, es como para la espiga no ser jamás cortada.

* * *

Guyau, un tierno pensador, aniquilado en germen, presintiendo su muerte prematura, describió con acentos patéticos la caída del viajero agotado sobre la arena del desierto. Está ya resignado á la muerte y al abandono; no puede resistir las pequeñas sacudidas de la marcha ni de la vida y, tendido sobre la tierra abrasadora, nublados ya sus ojos por la fiebre, él mismo pide á sus compañeros que le olviden, que marchen sin él hacia el fin lejano, hacia el misterioso horizonte sin medida, que oculta las misteriosas regiones que él ya no verá.

¡Con qué ardor, con qué noble entusiasmo emprendemos la marcha cuando allá en los albores de la vida sentimos en la frente las ebulliciones de la idea, en el corazón el amor á todo lo grande y en los labios palpar ese inmaterial beso con que el amor sin objeto aun nos inspira cuanto pensamos y sentimos! Después... la lucha es larga, desigual y penosa. Vemos á los demás, aun aquellos á quienes juzgábamos menos fuertes, adelantarnos sonrientes hacia la luz; mientras nos circunda una sombra más densa, surgen en nuestras sienas los cabellos blancos y el desaliento en nuestro corazón. Y un día melancólico, desalentados, trémulos, doblamos la rodilla como el vencido atleta y mirando á lo lejos aquel templo en que tanto teníamos que decir, aquellos surcos, en que tanto pensábamos sembrar, decimos resignados y tristes una sola y concisa frase: ¡No llegaré!

Y entonces á la agitación de la lucha parece suceder la calma precursora del último tránsito. El rezagado enjuga sus últimas lágrimas resignado y tranquilo; él mismo pide á sus compañeros que le abandonen mirándoles seguir orgullosos hacia aquellas hermosas regiones para él inacce-

sibles. Y sin fuerzas para oponerse á su destino ni energías para combatir su propia impotencia, se siente envolver por las frías y espesas sombras que ya nunca podrá rasgar.

*
**

Buscamos el amor, y el amor es la muerte. Olvidamos la misteriosa relación del *Orcus* y el *Amorcus*. Si prestáramos atención á los rumores de lo ignorado, escucharíamos no pocas veces una voz que nos gritaría:—¡Insensato! ¿No sabes que se muere por eso, porque se ama? ¿Ignoras que la pasión agosta y envejece, que el placer aniquila, y que tan sólo es á los seres permitido amar á trueque de morir? ¡Corre tras del amor, pero sabe que corres á la tumba! La vida es sólo un beso macabro que comienza la madre y acaba el gusano! Y ese gusano también morirá, porque el amor circula en sus anillos.

*
**

Yo idolatro á los niños. La primera razón... porque no son hombres. Después, porque conservan en su frente el sello del infinito de donde proceden, como los octogenarios el de la eternidad á que van á volver. La existencia es un punto entre dos espacios eternos; una luz entre dos infinitas tinieblas; pero esa luz, azulada y resplandeciente en la infancia, se hace cárdena y triste al alcanzar la cumbre de la vida. Hay en esos infantiles rostros la expresión de sensaciones ignoradas, purísimas, que después habrán de hacerse débiles y

confusas, rasgos que han de esfumarse, ideas que no han de tomar cuerpo. Recordad esos días de nuestra aurora, y decidme si al sentir el bordoneo de un insecto que pasa, el rumor de una fuente que corre, el perfume de una flor que se abre, la incierta melodía de una música que se aleja, al percibir vagamente la reminiscencia de sensaciones que habéis experimentado hace ya mucho tiempo, quizá en el regazo de vuestra madre, tal vez sobre los edredones de vuestra cuna, no sentís un profundo estremecimiento, mezcla de dicha y de sobresalto que, por un breve instante, os recuerda otro mundo más bello, más grandioso, iluminado al menos por una luz melancólica y grata, como un destello de la eterna luz, por una claridad vaga y solemne que no es sino el crepúsculo de la vida.

*
**

No sé si ha sido Ruskin quien ha afirmado que hacer sonreír es un privilegio que los dioses disciernen. Provocar la risa estridente, homérica, puede conseguirlo cualquier persona, y aun cualquier objeto, con tal que le sea dado presentar el contraste entre el accidente y las leyes de la razón, que es el gran secreto de lo cómico. Hacer llorar es más fácil aún; cualquier mano poco piadosa tiene en su poder la clave de las lágrimas. Pero hacer fulgir en el iris ese destello que denota el contento, conseguir que la boca se contraiga dulcemente, que la pupila se dilate como ante un alegre panorama, provocar la explosión del bienestar sin fruncimiento ni sacudidas, eso no puede conseguirlo sino lo que es fuente de placeres humildes, lo que lleva en su interior impreso el sello

del bien. El niño que prorrumpe en risotadas ante lo deforme, chillón y grotesco, sonríe á los pájaros, á las flores, al cielo tachonado de estrellas. Aristófanes, pintando en sus tramoyas á la Filosofía cabalgando en un tronco de fresno, provocaba las carcajadas de los libertos; solamente Menandro, mostrando las humanas flaquezas, sin encono ni grosería, evocaba la plácida sonrisa en los rostros de los ciudadanos de la libre Atenas.

*
* *

Todo árbol cercenado es una acusación; porque todos llevamos en nosotros algo de ese instinto inconsciente que hizo consagrar el pino á Cibeles y á Júpiter la encina. Todos sentimos algo grande é inexplicable al hallarnos perdidos en la imponente soledad del bosque; parece que, sobre nuestras cabezas, eleva la Naturaleza fecunda sus brazos, extendidos al cielo tachonado de centelleos; todos, en fin, llevamos en la memoria la silueta de un árbol grabada con indelebles líneas de fuego. Árboles fueron los primeros templos y lo serán los últimos. Porque en ninguna parte como en el bosque nos sentimos á solas con lo absoluto, y sólo en sus impenetrables umbrías sentimos palpitar en torno nuestro la fecundidad de la Naturaleza madre y escuchamos el rumor misterioso de la renovación universal.

*
* *

Hay dolores reservados al cortesano. Como todas las cosas fragantes, la civilización punza y hiere.

Puede el hidalgo campesino abandonar la casa

solariega y el labrador su cobertizo de tablas y raíces; cuando pasen los años y vuelva, allí le encontrará, más avejentado, más cubierto de polvo, más surcado de grietas y socavado de hendiduras. Pero allí permanece impasible, evocando dichas y despertando añoranzas. Aun se pueden leer en el blasón de piedra la heroica impetuosidad del chozno y la resistencia gloriosa del sexto abuelo. Aun conserva la choza su puerta desquiciada de goznes, y, junto á la campana de la chimenea, el escaño renegrido. Los manzanos ó robles bajo los cuales se acurruca el hórreo ó la panera como viejo gañán bajo las frondas, tienen en su corteza las arrugas de quince lustros; pero bajo las capas leñosas aun circula la savia, y en su ya medio despoblada copa anida el pardal nuevo. Contemplando el paisaje en que nada ha cambiado, ni los nevados picos del fondo, ni los grupos informes del caserío, ni la roja espadaña de la ermita, ni el arroyo bordeado de chopos y álamos, ni la alfombra de mieses, praderas y barbechos, ni el banco en que sesteaba el abuelo con la pipa en los dientes: todo parece confortar el ánimo decaído, y en aquellas auroras que dora el mismo sol, y en aquellos ocasos teñidos de iguales reflejos, todo parece murmurar: *¡Aquí fué!*

Pero en la ciudad todo se ha transformado. El hijo pródigo, al volver, interroga en vano á las edificaciones flamantes, á las anchas vías que anima un nuevo estrépito y que hormiguea nueva muchedumbre. Donde estuvo el refugio que busca sólo ve espacio libre; al suelo cubierto de baldosa, ha sucedido el asfalto surcado de rieles; al techo ahumado, el insondable azul. ¿En qué punto de aquel espacio abierto, á qué altura en aquella atmósfera sin accidentes, habremos de

evocar las antiguas imágenes? Tal vez allí, donde rueda con su fragor de trueno el automóvil, estaba el cajoncito de nuestros juguetes. Es posible que arriba, donde se cruza el alambraje eléctrico, diéramos el primer beso á la mujer amada. Acaso en el punto mismo en que centellea el arco voltaico, el corazón de nuestra madre cesó de latir.

Todo pasó. ¿Qué importa? La vida es eso: evolución, renovación, lucha, progreso, venturas que alborean y dolores que pasan.

*
**

En ocasiones la melancolía nos impone su yugo; una tristeza dulce y resignada, como en la oda á Quinto Delio, nos domina. Todos tenemos dentro un alcázar, con escaleras claustales que esperan la pisada del héroe, con imperiales cámaras desiertas que atienden á que venga una mano piadosa á encender sus hogares extintos y sus apagadas lámparas de bronce. Todos conservamos un jardín en que las estatuas están empolvadas y en que los manantiales permanecen secos. Una ráfaga de viento perfumado sacúdele á las veces agitando sus ramas y haciendo estallar en ellas suaves acordes. Después, todo queda en silencio, inmóvil, como la aguja de oro que señala la eternidad.

*
**

«Somos más cultos, más artistas, más fuertes que nuestros antepasados; pero somos peores.» Tal es el grito de los amantes de lo que fué. En su sentir, el utilitarismo nos mata. Ya no conmueven al hombre los estímulos de la creencia;

no se lucha por dioses, sino por discos de metal; ya no conmueve á las muchedumbres la belleza clásica, ni el civismo gentilico, ni el honor medioeval. La aspiración moderna no se llama ni Budha, ni Jesús, ni Libertad, ni Patria, ni siquiera César ó Napoleón. Se llama *pan*, como el dios de la tierra.

Satisfacer las necesidades del organismo, producir, cambiar, consumir. Pasar la vida en inacabables festines sardanapalescos, saciar el ansia de una imaginación ávida de sensaciones ignoradas. Comer, beber, gozar, dormir: tal es la moderna obsesión. Pero cuando todos los hombres se hayan revolcado en su lecho de puerco ahito, ¿qué quedará de esos grandes conceptos, de esas generosas y nobles ideas, sin las cuales el mundo es cloaca, la Naturaleza infame triclinio y la vida grosero espasmo, que destruye y agota las causas mismas del vivir?

*
**

Es cierto: se lucha por la felicidad, por el pan y el vino, por el amor que aniquila y el opio que embriaga. Mas ¿por qué se ha luchado siempre? So pretexto de Civilización, de Fe, de Democracia, de Derecho divino, se ha defendido siempre el interés humano. Tiene razón el autor de *Las mentiras convencionales*. El heroísmo de un Genserico, de un Atila, de un Gengis Khan, de un Guillermo de Normandía, tuvo su origen en el estómago, y en los campos de batalla más sangrientos y gloriosos que los poetas cantan y en que la Historia se deleita, se ha jugado siempre el pan y la carne con dados de hierro.

Troya no es Aquiles, ni siquiera Helena: es el

vientre de Menelao. Farsalia es el apetito de César, como Austerlitz la sed de Bonaparte. Lo que ocurre es que antes había que deslumbrar á las muchedumbres para conquistar el manjar de unos pocos. Hoy lo que se pide es el alimento *de todos*, que por algo se llama *pan*.

*
**

¡La felicidad! ¿Por qué ha de ser opuesta al bien? Si alguna misión trae á la vida este siglo es la de acabar con todos los dualismos: espíritu y materia, idea y realidad, pensamiento y vida, Dios y mundo, cielo y tierra, orden y libertad, capital y trabajo, felicidad y bien. Si el siglo XVI es un cilicio, el XX es una copa de oro en cuyo fondo la sabiduría debe estar desleída como las perlas de Trymalción.

¡La felicidad! Es por ella por lo que se agita el asceta en su celda, y en su claustro la virgen, y en su tienda el soldado, y el marinero sobre las aguas salobres. Es por ella por quien pensamos, nos movemos y sentimos. Religión, Arte, Ciencia, Industria, son medios de alcanzarla. ¿Que la dicha es un ensueño imposible? Dejados esa ansia de lo absoluto, que es el resorte de la vida; permitidos que alcemos la mirada á la felicidad, como la alza el minero al jirón del cielo, lleno de luminarias y esmaltes, desde el fondo subterráneo. Si vivir es dormir, hagamos lo que Hamlet y Segismundo: entornemos los párpados y ¡soñemos, alma, soñemos!

*
**

El ideal encarna, se mueve, palpita, se llama Dantón en la tribuna, Palafox en la brecha, en la

hoguera Servet. Alumbrando con sus fulgores el cerebro del héroe ó del genio, le lleva á Ginebra Calvino, á Roma Galileo, á América Franklin, Bonaparte á Lodi. Nacido en las nebulosidades de un cráneo, acaba por alumbrar á los mundos con fulgor que sólo se extingue cuando los pueblos y las razas oyen ese supremo llamamiento, tras del cual se derrumban en el tiempo, dejando tras de sí el polvo de oro con que la historia cubre los nombres augustos de las civilizaciones que fueron.

¡Vivir! Vivir es eso: surgir al eco de una voz, encarnar una idea, realizar un destino, cumplir un fin; no pasar como sombra funesta sobre un pueblo ó sobre un hogar, sin dejar otra huella que el soplo helado que se cierne sobre los sitios muertos, sobre las aguas estancadas, porque las aguas, como los hombres, como las sociedades, no pueden estancarse sin infestar el lugar que habitan.

*
**

Proyectar es vivir para el hombre que piensa, esperar es alentar para el ser que siente. Quitados con la perspectiva del futuro el recuerdo de lo pasado, y ese presente tan precioso no valdrá la pena de vivirse. ¡Proyectar! ¡Sí, eso precisamente es lo que distingue al hombre del bruto! El vegetal vive, el hombre vive y piensa; el irracional goza ó sufre; pero el rey de la creación hace más: espera. Cuando todo se haya alcanzado, cuando toda perfección se haya conseguido, cuando el hombre convertido en dios mitológico nada tenga ya que esperar, el mundo habrá tocado á su fin, será, sin el llamamiento del porvenir, un arca vacía y un arpa sin acordes, y el frío del corazón

de los hombres habrá apagado el calor de los astros.

No: no vale la posesión lo que el deseo ni equivale el año vivido al que se desea vivir. La juventud es bella porque es un alcázar de proyectos, un sembrado en que sólo la esperanza florece. El amor se marchita al hacerse carne y el poeta lo ha dicho: *animalia post coitum tristia*.

No está la felicidad en el oro, sino en la fiebre del minero; no se encuentra en un beso que dan los labios, sino en ese otro inmaterial que nuestro espíritu deposita en esas castas frentes cuyo calor jamás sentiremos y en esos ósculos sin contacto que enviamos á muchos ángeles de belleza que nunca nos rozaron con sus alas. El año que pasó es un anciano que vemos allá lejos despidiéndonos con adioses y lágrimas. El presente es un hombre adusto que nos contempla sentado al borde del camino. El año que llega es una figura blanca y luminosa, resplandeciente de gracia y de juventud, que allá, donde la aurora asoma en azules y tornasoladas rompientes de luz, ceñida de perfumadas sandalias, vestida de transparentes urdimbres, coronada de rosas y mirtos, nos sonríe y nos tiende los brazos.

*
* *

En todos los órdenes humanos, incluso el meramente fisiológico, la evolución se realiza sustituyendo la energía nerviosa á la muscular. Suponer una futura evolución en que el triunfo pueda ser de la actividad física ininteligente es afirmar una regresión imposible. La evolución social implica eso: un mayor predominio de la inteligencia sobre la fuerza, *alma mater* de las sociedades primi-

tivas, una emancipación para los humildes del trabajo manual por la aplicación del intelecto, dándoles un nuevo estado de ideación, de conciencia y de vida. En el desenvolvimiento de la ley del progreso, jamás la historia ha discernido el triunfo á las máquinas, sino á los hombres.

Para emanciparse, las aristocracias necesitaron primeramente esculpir en blasones sus esfuerzos, como para formular las clases medias los derechos del hombre, fué preciso que, excediendo en saber á la nobleza, apagasen las agudezas de Versalles con la elocuencia del Juego de Pelota.

Para que el proletariado triunfe, necesita intelectualizarse. La victoria es de los más adaptados y el medio lleva, de cada vez más, impreso el sello de la inteligencia del hombre. En el moderno paraíso todos los seres hablan como la serpiente y todas las plantas son del bien y del mal; porque en todas ha descifrado el hombre el lenguaje sublime de la Naturaleza.

*
* *

Toda una centuria tuvo su representación en Hugo, como otra la tuvo en Voltaire. Porque el siglo XVIII fué el de la liberación religiosa, como el XIX el de la emancipación política. El XX necesita otros acordes, otros ritmos, otras cadencias, porque es el de la transformación económica y el de la justicia social.

A la voz de Voltaire se derrumban las aras y á la de Hugo los solios. Cuando escribe fulmina, cuando habla centellea. Por eso le adoraron las muchedumbres. Era la encarnación de la Libertad. Pero su pluma no fué tan sólo ariete, y á tra-

vés de los fenómenos que cambian, describió la eterna majestad del amor. Al niño prodigioso siguió el hombre águila y á éste el anciano bondadoso. Destruída toda la labor de ese semidiós, quedaría aún el *Arte de ser abuelo*. Borrada su grandiosa figura de reformador y de atleta incansable, quedaría impresa en la memoria su senectud amable, su cabeza pálida, su semblante augusto, su mano temblorosa, apoyada en las rubias guedejas de los niños.

* * *

Es un fenómeno observado con harta frecuencia. Se camina para llegar á un punto; se corre á fin de conseguir más pronto alcanzar esa meta que parece alejarse y burlarnos. Después se ama la carrera por la carrera misma. Se quiere devorar el espacio como se desearía suprimir el tiempo; ver cómo todo se precipita sobre nosotros y pasa como las proyecciones de un aparato cinematográfico para perderse en el olvido. Y es preciso avanzar más y más, satisfacer esa sed de verlo todo, de agotarlo todo, de vivirlo todo en un supremo é inefable minuto. Mas he aquí que de pronto nuestro vehículo tropieza contra una piedra miliaria, contra un árbol rugoso y secular, y sobreviene la catástrofe. ¿Qué importa? Los que nos sobrevivan correrán más aún, hasta que nuestro mundo se convierta en una bandada de gaviotas y nuestro sistema sideral en un inmenso nido de aerolitos.

* * *

Escucha, pequeñín, y consévalo en la memoria.

Comenzó á caer la nieve en copos menudos, que al tocar en la tierra se esponjaban y deshacían para ser absorbidos en sus entrañas. Solamente en el césped de los jardines públicos empezaron á blanquear algunos tallos menudos, como hilos de plata prematuros en la espléndida cabellera de una prodigiosa beldad.

Luego, el césped fué blanqueando, y algunos vellones se detuvieron sobre las ramas, como albos pajarillos dormidos. Subrayáronse los ramajes, y en las cornisas se alinearon las masas de agua congelada. Fueron llenándose los alcorques, las tazas de mármol de los surtidores y, poco á poco, desaparecieron los paseos enarenados, y en la ciudad el pavimento de piedra se cubrió de una alfombra de nitidez immaculada y crujiente.

Y seguía nevando. El viento finísimo de la sierra arrojaba el meteoro en remolinos como un ventisquero. Un frío glacial se fué filtrando por todas las rendijas. En el aire, los vellones se precipitaban como albos enjambres, y sobre los tejados, con sus caperuzas de gnomo, las chimeneas elevaban sus columnas de humo azulado, que esparcía frigidísimo el viento.

Los caminos se habían borrado. Todo el suelo era como una inmensa y tupida alfombra blanca. Y la nieve caía, caía... Era aquello de una majestad soberana y de una helada fiereza implacable. El espectáculo de los Alpes se reprodujo por doquiera. Sobre las puertas obstruidas se agolpaban verdaderos aludes; pronto se ocultaron, ascendiendo el sudario hasta las primeras impostas. El último pájaro cayó envuelto en una nube de helados copetes, para piar sobre el tejado de un marmóreo edificio su postrer sollozo de amor.

Y sus plumas tornáronse blancas, y muy

pronto sólo se vieron descubiertas la cúpulas, las torres caladas, los extremos puntiagudos de las altas coníferas, semejantes á cucuruchos, que fueron achicando su base hasta dejar tan sólo descubierta su vértice.

Por último se hundieron las más altas veletas, las cruces de los campanarios, las puntas de los obeliscos. Debajo de la llanura deslumbrante se extinguieron los rescoldos de los hogares y las postreras palpitations de la vida orgánica.

Al amanecer, las montañas sepultaban sus cumbres y la nieve seguía cayendo silenciosa, implacable, con su mariposeo sutil. La tierra era ya una esfera sin accidentes, que rodaba helada por el espacio.

Entonces dejó de nevar. En medio de la noche aparecieron en el cielo los astros parpadeantes. El frío se hizo aún más intenso y el genio de la muerte paseó su mirada triunfante sobre el planeta yerto.

Sobre las cimas del Himalaya se alzaba la nieve setenta codos. Encima de los mares helados se apretaba la blanca costra endurecida, aplastando los senos insondables en que nunca habrían de trabajar los infusorios, dejando á profundidades ignotas las costas bravias en que ya jamás en los siglos de los siglos batirían su empuje las espumosas crestas.

Todo se había consumado. La tierra era sólo un sólido bloque blanquecino en medio del universo indiferente.

De pronto quedó aterrado el genio del mal. Sobre la esfera congelada empezaron á señalarse centenares de depresiones. Y en cada una se fué dibujando un hoyo profundo, que se iba ensanchando, ensanchando, como si una llama interior

fundiera en aquel sitio todo el hielo de la Naturaleza cruel y toda la frialdad angustiosa del olvido y la muerte.

Ya no cabía duda. La nieve se fundía. Se fundía por mil sitios distintos. Centros de calor y de vida anulaban el soberano empuje de la noche invernal, la obra total del aniquilamiento.

Y el genio del mal, indignado, quiso ver qué poder invisible, qué llama inextinguible y tenaz, qué fuego infinito era capaz de derretir tanta nieve y de volver á calentar el universo muerto.

Agitó sus alas marmóreas, se acercó á la tierra y miró por uno de los agujeros humeantes.

Allí dentro, muy hondo, muy profundo, donde apenas sus ojos alcanzaban, vió algo que se movía, que palpitaba; algo á cuyo calor las nieves se trocaban en manantiales de vida y la vida tornaba á surgir.

Era el corazón de un abuelo.

*
* *

Para consolar á los tristes, para confortar á los oprimidos, se había inventado una fúnebre y misteriosa leyenda. Atormentados por el dolor, atencados por el hambre, aplastados por todas las iniquidades y abrumados por todos los oprobios, unos hombres arrastraban su existencia maldita como un bloque de sílice, mientras otros gozaban de bienes, riquezas y honores. Pero un día, bajo los rayos espléndidos de sol ó perforando las medrosas tinieblas, llegaba cautelosa LA JUSTICIERA, y con su segur implacable cortaba la garganta del potentado y del mendigo, del rey y del esclavo, nivelando toda desigualdad en un angustioso y supremo minuto.

Esa leyenda, como todas, es falsa. La muerte llega tarde y medrosa á los alcázares, huella tímidamente las alfombras, oprime con cuidado los llamadores de las puertas; y allí, para recibirla, están la higiene y la limpieza, la abundancia y el oro, la terapéutica y la fortaleza de los organismos. Es en las cabañas sin puertas, en los antros sin luz, en las covachas sin oxígeno, en donde tiene la muerte sus aliados, que se llaman hambre, suciedad, depauperación, abandono. Y allí aniquila siempre á los débiles y corta las vidas en flor, las inteligencias en promesa, los vigores en germen y las bellezas é idealidades en capullo.

Hay, pues, que cerrar el paso á la muerte con puertas de oro. No está en el oro acaso la virtud, ni está la verdad; hay otros criterios más nobles y elevados. Pero en el oro está la vida. Primero es vivir *deinde philosophare*.

¿Comprendéis por qué la verdad, que se llamó Arte en Grecia y en Roma Derecho, y en la Edad Media Religión, en la Moderna Ciencia se llama hoy problema económico? Besada por cálidos crepúsculos, arrullada por mares azules, sobria en sus gustos y sus ambiciones, generosa para los vencidos, pudo Atenas bañarse en esas auroras espléndidas que refleja el alma serena de Ruskin. Señora de la ciudadanía, á la cual iba aneja la abundancia, ebria de grandeza y de triunfo, ceñida de laureles verdegueantes, pudo la ciudad del Pretor y del César erigir en deidad la legislación. Señora del ensueño, dueña del más allá, dispensadora de la gracia, fué lícito á la sociedad mística y penitente levantar en honor de la fe sus románicas y nobles basílicas, sus viejas catedrales, poemas asombrosos de piedra, y, sobre sus caladas agujas, colocar el austero signo de la redención.

Alumbrada por el espíritu de los siglos, maga reveladora de los imprescriptibles derechos del hombre, libertada de los prejuicios de la mente con la Reforma y de la tiranía con la Revolución más grande que alumbraron los siglos, pudo la sociedad que agoniza fundar en la verdad un nuevo culto y en la ciencia una idealidad refulgente y nueva. Pero esta sociedad dolorida, que ha visto ponerse tantos soles y eclipsarse tantas constelaciones de pensamiento, que sufre hambre y sed, que llora bajo el yugo del capitalismo grosero y agoniza bajo el despotismo brutal del disco y del cheque, ¿qué menos puede hacer que erigir en problema primero aquel sin cuya solución eficaz no puede haber ni investigación, ni criterio moral, ni satisfacción de lo noble, ni gusto de lo bello, porque él es pensamiento y acción, emancipación y progreso, arte, conducta y vida?

No; la muerte no es la gran justiciera. A unos sorprende sereno el espíritu, satisfecho del cumplimiento del deber, tranquilo el ánimo en cuanto al porvenir de los suyos, cultivado el entendimiento para ver acercarse sin temor la gran sombra; á otros sobrecoge sin energías, en la inquietud horrenda del mañana, nublado el cerebro por la incultura, no habiendo podido cumplir su misión en la tierra, acaso con la maldición impotente en los labios. Y llega á los unos cuando ya la tarde de la vida declina, cuando de la Naturaleza soñolienta parece que llama una plácida voz al descanso; mientras á otros les acecha cuando todos los senderos parece que se cubren de flores y la juventud parece tenderles su copa rebosante. Unos cierran los párpados entre homenajas de respeto y de gratitud, y otros los entornan mirando en la estancia sombría famélicos niños que abren los

ojos con espanto y mujeres desgreñadas que lloran.

Los que acusáis á esta generación de fijar en el orden económico un criterio total de pensamiento y vida, ignoráis de cuánta abnegación, de cuánto sacrificio es hoy, como fué ayer, como será mañana, la naturaleza del hombre. Antes que el pan busca la verdad, antes que la satisfacción de sus goces desea bañarse en fulgor de justicia. Pero habéis alzado sobre vuestras cabezas un disco de oro; habéis hecho postrarse á los hombres ante esta nueva Eucaristía, le habéis dicho: aquí está la verdad, la razón, la equidad, el decoro. Sin este signo de poder no podréis ser sabios, ni buenos, ni honrados. ¿Qué extraño es que la idealidad de esos hombres, su sed de progreso, el culto de todas las ideas y la percepción de todas las cosas, tenga en ellos reflejos amarillos?

*
* *

A un viejo, muy viejo, triste, muy triste, frío, muy frío, le he oído decir que el Carnaval es una locura. Yo le he contestado que es mayor locura vivir. A mis reflexiones ha opuesto el viejo una sola palabra: ¡Vivamos!

¡Vivamos! Pero vivir es amar, es soñar, es deleitarse en las formas y en los colores, es desear el beso de unos labios color de cereza y embriagarse en las irisaciones de unas pupilas hondas. Y cuando la vejez nos deja ateridos, cuando los miembros caen en laxitud temblorosa, cuando la muerte se aproxima y sentimos en las sienes su soplo, vivir no es nada ó es recordar.

Vivamos; y no despreciemos las locuras cuando son bellas. Acaso de todas las tonterías que

hicimos, indagando la verdad en noches interminables y solitarias, buscando el por qué, que nunca se sabrá, de las cosas, en el campo de experiencias ó en el laboratorio, luchando años enteros por la fortuna ó el poder, sólo nos queda una sensación consoladora y amable: la de una tez aterciopelada tendida sobre formas pentélicas, la de una mirada fascinante como la de las serpientes del bosque, la de un beso muy largo, carnal y tembloroso, tan doliente que aun su recuerdo parece mordernos en el corazón.

No para la razón ó la fe, sino para la sensualidad hecha diosa, debió pronunciar Tertuliano su frase paradójica: *Creo porque es absurdo*. Razonar el placer es extinguirle, como la luz en el seno del viento. ¿Por qué amamos? ¿Por qué nos deleitamos en el intenso goce que nos ha de matar? Se muere por eso: porque se ama; y á trueque de amar, es hermoso morir.

No abominemos de la alegría. Ella es el alma madre, el *spiritus intus*, el mágico secreto de la creación. Condenad á los poderosos que allegaron injustamente riquezas, nunca á aquellos que las derrochan. Hacen á otros felices y cumplen con la ley de la vida, que es derrochar fuerza y calor y vigor y sangre. La avaricia es un vicio macabro; la imagen del perfecto egoísta sólo se encuentra en los sepulcros.

Gocemos de la vida que se nos va, de la salud que se nos escapa, del amor que nos huye. Y pensemos que, aun de viejos, si hemos sido nobles y generosos, si hemos sembrado glorias y grandezas, no ha de faltarnos una frente piadosa que besar, que apoye en nuestro pecho sus blancos cabellos adorables, ó un descendiente á quien transmitir, con la conciencia del propio deber,